

# MANSFIELD PARK

Jane Austen

Libros de  
*seda*

## ❧ CAPÍTULO 1 ❧

**H**ace unos treinta años, la señorita María Ward de Huntingdon, con tan solo siete mil libras de dote, tuvo la fortuna de cautivar a sir Thomas Bertram de Mansfield Park, en el condado de Northampton, y de elevarse así al rango de esposa de *baronet*,<sup>1</sup> con todas las comodidades y privilegios que conllevan una casa hermosa y una renta cuantiosa. Todo Huntingdon recalcó la excelencia de la pareja, y el tío de ella, abogado, reconoció que a ella le faltaban al menos tres mil libras para estar a la altura. Tenía dos hermanas que se verían beneficiadas por su ascenso social, y las amistades para quienes la belleza de la señorita Ward y de la señorita Frances se equiparaba a la de la señorita María no tuvieron reparos a la hora de augurarles una boda casi tan ventajosa como esta. No obstante, cabe decir que no hay tantos hombres adinerados en el mundo como mujeres hermosas que los merecen. Al cabo de una media docena de años, la señorita Ward se vio en la tesitura de tener que desposarse con el reverendo señor Norris, un amigo de su cuñado, con apenas fortuna personal, y el destino de la señorita Frances fue más aciago incluso. El matrimonio de la señorita Ward, en el fondo, llegado el momento de la verdad, no tenía nada de despreciable, pues sir Thomas estaba en posición de otorgarle, de buena voluntad, una renta a su amigo mediante la manutención eclesiástica de Mansfield, y el señor y la señora Norris emprendieron el camino hacia la dicha conyugal con poco menos de mil libras al año. Sin embargo, la señorita Frances se casó, como suele decirse, para contradecir a su familia, y, al decantarse por un teniente de la Marina sin educación, fortuna ni contactos, cumplió su objetivo con creces. Sería casi imposible que hubiera hecho una

---

1 N. de la Trad.: Título hereditario de la aristocracia británica, cuyo rango se encuentra por encima del caballero y por debajo del barón.

elección más lamentable. Sir Thomas Bertram tenía una influencia que, por principios, así como por orgullo —por un deseo general de hacer lo correcto y el anhelo de ver a todos sus allegados en situaciones respetables—, habría extendido para beneficio de la hermana de lady Bertram, pero la profesión de su marido se hallaba fuera de sus círculos y, antes de tener tiempo de buscar otra manera de ayudarlos, las dos hermanas rompieron por completo sus relaciones. Era el resultado natural de la conducta de cada una de las partes, así como la consecuencia que suele acarrear un matrimonio tan imprudente. Para evitar protestas fútiles, la señora Price nunca escribió a su familia a propósito de este asunto hasta después de celebrarse la boda. A lady Bertram, que era una mujer de una sensibilidad serena y un carácter afable e indolente, le habría bastado con desentenderse de su hermana y no volver a pensar en todo aquello, pero la señora Norris poseía un espíritu dado a la actividad que no se sentiría satisfecha hasta que le hubiera escrito una larga y rabiosa carta a su hermana Fanny, para denunciar lo descabellado de su conducta y amenazarla con todas las adversidades posibles que le acarrearía. La señora Price, a su vez, se sentía ofendida y furiosa, y su respuesta, cuyo rencor se extendía a ambas hermanas, con unos comentarios irrespetuosos para con el orgullo de sir Thomas tales que la señora Norris no pudo guardárselos para sí, puso fin a todo trato entre ellas durante una larga temporada.

Sus moradas se hallaban tan lejos y los círculos que frecuentaban eran tan dispares que casi resultó imposible saber nada de la existencia de la otra durante los siguientes once años; como mínimo, sir Thomas se sorprendía cada vez que la señora Norris estaba en posición de decirles, tal y como sucedía de vez en cuando, que Fanny había tenido otro hijo. Al término de los once años, no obstante, la señora Price ya no podía permitirse albergar orgullo o resentimiento en su interior o perder a una parienta que pudiera ayudarla. Una familia numerosa que seguía en aumento, un marido discapacitado para el servicio militar, pero ducho en buscar compañía y tomar buenos licores, y una pequeña renta con la que cubrir sus necesidades hacían que anhelara recuperar las amistades a las que con tanto descuido había

sacrificado, y le envió una carta a lady Bertram en la que habló largo y tendido de tales sentimientos de contrición y desánimo, de demasiados hijos a su cargo y de tales carencias en todo lo demás que no pudo sino conmoverla para que se reconciliaran. Se estaba preparando para su noveno parto y, tras lamentar sus circunstancias e implorarles que apadrinaran al hijo que venía en camino, no pudo ocultar lo importante que le parecía aquello para mantener, asimismo, a los otros ocho de ahora en adelante. Su hijo mayor era un varón de diez años, un buen joven vivaz que ansiaba ver mundo, pero ¿qué podía hacer ella? ¿Acaso existía la posibilidad de que pudiera serle útil a sir Thomas en los asuntos relacionados con sus propiedades en las Indias Occidentales? No había puesto alguno que pudiera ser inferior a sus circunstancias. ¿O qué diría sir Thomas de Woolwich? ¿O cómo podría enviar a un joven como él a Oriente?

No fue una carta infructuosa. Con ella se restauraron la paz y la bondad. Sir Thomas le envió amables consejos y recomendaciones, lady Bertram le dio dinero y ropa para bebés y la señora Norris redactó las misivas.

Tales fueron los efectos inmediatos, y en cuestión de un año la señora Price obtuvo un beneficio mayor. La señora Norris mencionaba con asiduidad que no se podría quitar a su pobre hermana y a su familia de la cabeza y que, pese a todo lo que habían hecho por ella, ardía en deseos de hacer más, y, con el tiempo, terminó confesando que deseaba liberar a la pobre señora Price de la carga y los gastos de uno de los muchos hijos que tenía. ¿Y si se hacían cargo del cuidado de su hija mayor, una niña de nueve años, edad que requería más atención de la que su pobre madre estaba en posición de prodigarle? Las molestias y los gastos, para ellos, no serían nada en comparación con la benevolencia implícita en el acto. Lady Bertram se mostró de acuerdo con ella al instante.

—Me parece que es lo mejor que podemos hacer —dijo—. Mandemos que traigan a la niña.

Sir Thomas, pese a todo, no podía dar su consentimiento con tanta inmediatez y rotundidad. Puso reparos y vaciló: una carga como aquella no era baladí, y debía cuidarse debidamente de

una niña de su condición, pues, de lo contrario, apartarla de su familia degeneraría en un acto de crueldad, en vez de bondad. Pensó en sus cuatro hijos, dos de ellos varones, en primos que se enamoraban y demás menesteres, pero, nada más empezar a objetar, la señora Norris lo interrumpió con una respuesta a todos sus reparos, tanto los que había manifestado como los que no:

—Mi querido sir Thomas, le entiendo a la perfección y celebro la generosidad y la delicadeza de sus ideas, que, en efecto, son un reflejo de su conducta general. Estoy plenamente de acuerdo con usted en que a uno le conviene hacer cuanto esté en su mano a la hora de cuidar de un niño del que se ha responsabilizado, y estoy segura de que yo sería la última persona en el mundo en quedarme de brazos cruzados en tales circunstancias. Puesto que no tengo hijos, ¿a quién debería dar lo poco que pueda ofrecer sino a los hijos de mis hermanas? El señor Norris es un hombre muy justo. Usted sabe que soy una mujer de pocas palabras y que tampoco soy dada a divagar. No querrá que una nimiedad como esta nos impida hacer una buena obra. Dele a una joven una educación y preséntela debidamente en sociedad, y con toda probabilidad dispondrá de los medios para acomodarse en la vida de manera oportuna, sin provocar más gastos a nadie. Una sobrina nuestra, sir Thomas, si me permite el comentario, o por lo menos suya, no crecería en esta comunidad con pocos privilegios. No insinúo que pudiera ser tan agraciada como sus primas. Me atrevería a decir, más bien, lo contrario, pero tendría la oportunidad de entrar en la sociedad de esta región en circunstancias de lo más propicias y, con toda probabilidad, conseguiría un matrimonio encomiable. Usted está pensando en sus hijos, pero ¿acaso no sabe que, de todas las cosas sobre la faz de la Tierra, es lo más improbable que pase, teniendo en cuenta la forma en la que se criarán, siempre juntos, como hermanos? Es, desde el punto de vista de la moral, imposible. Yo nunca he oído que se haya dado un caso similar. Es, en efecto, la única garantía de evitar tal unión. Imagínese que se convirtiera en una bella muchacha y que Tom o Edmund la vieran por primera vez dentro de siete años; apuesto a que daría pie a ciertas maldades. La mera idea de que se haya visto obligada a crecer

alejada de nosotros, sumida en la pobreza y el abandono, sería suficiente para que cualquiera de sus dos hijos, cariñosos y dulces, se enamorasen de ella. Pero, si la cría con ellos de ahora en adelante, aunque posea la belleza de un ángel, no será más que una hermana para ellos.

—Lo que dice, desde luego, es cierto —respondió sir Thomas—, y no quisiera bajo ningún concepto poner trabas caprichosas a un plan que tan bien se adecúa a las circunstancias en las que nos encontramos ambas partes. Tan solo era mi intención señalar que no conviene que nos comprometamos a la ligera y que, para que de verdad sea ventajoso para la señora Price y honroso para nosotros, debemos velar por la niña o considerarnos en la obligación de proporcionarle, más adelante y según lo dicten las circunstancias, todo lo que se merece una dama, si ningún hombre le hiciera esa oferta de matrimonio que con tanto entusiasmo espera usted.

—Le comprendo a la perfección —exclamó la señora Norris—; usted es la viva imagen de la generosidad y la cortesía y estoy convencida de que, en este aspecto, nunca estaremos en desacuerdo. Como bien sabe, yo siempre estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano por el bien de mis seres queridos, y, si bien jamás podría sentir por esta pequeña ni la centésima parte del afecto que despiertan en mí sus propios hijos, ni considerarla, de ninguna manera, tan cercana a mí como ellos, si la abandonara, me odiaría a mí misma. ¿Acaso no es la hija de una hermana? ¿Cómo iba yo a soportar verla privada de todo cuanto yo tengo, aunque solo fuera un trozo de pan? Mi querido sir Thomas, a pesar de todos mis defectos, poseo un corazón henchido de afecto, y, pobre como soy, preferiría prescindir de otras cosas de la vida antes que comportarme con mezquindad. Así pues, si usted no se opone, mañana le escribiré una carta a mi pobre hermana y le haré la oferta, y, en cuanto esté todo acordado, me encargaré de que la niña llegue a Mansfield; usted no tendrá que molestarse lo más mínimo. Como bien sabe, las molestias no me importan. Mandaré a propósito a Nanny a Londres, y podrá alojarse en la casa de su primo el talabartero; citaremos a la niña para que se reúna con ella ahí. Podrán llevarla

sin mayor complicación a la ciudad desde Portsmouth en coche, bajo la vigilancia de cualquier persona honrada que se vaya en la misma dirección. Diría que en el camino siempre hay alguna que otra esposa de comerciante respetable.

Excepto el rechazo al primo de Nanny, sir Thomas no puso más reparos, y, tras cambiar el punto de encuentro por uno más respetable y menos económico, dieron el asunto por zanjado y gozaron de los deleites de un plan tan benévolo como este. La repartición de estas sensaciones de complacencia, para ser del todo justos, no debería haber sido equitativa, pues sir Thomas estaba decidido a ser un verdadero protector para la niña, con la constancia debida, mientras que la señora Norris no tenía la menor intención de incurrir en gasto alguno para mantenerla. Cuando había que dar paseos, charlar y tramar planes, demostraba una benevolencia sin tacha, y nadie mejor que ella sabía hablar de liberalidad a los demás, pero su amor por el dinero igualaba a su amor por dar órdenes, y sabía ahorrar el suyo tan bien como gastar el de sus amistades. Ya que se había casado con una renta más modesta de lo que esperaba, desde el principio consideró oportuno someterse a una estricta economía, y lo que comenzó siendo una cuestión de prudencia pronto se convirtió en una cuestión de elección, al carecer de esa preocupación inevitable que despiertan los hijos. De tener una familia a la que mantener, quizá la señora Norris jamás hubiera ahorrado su dinero, pero, al no tener preocupaciones como estas, nada había que impidiera su frugalidad o frustrara el consuelo de añadir unos ahorros anuales a una renta conforme a la que no habían vivido nunca. Bajo este caprichoso principio, sin un afecto sincero por su hermana que lo contrarrestase, para ella era imposible aspirar a otra cosa que no fuera el crédito de planificar y organizar un acto de caridad tan caro, aunque tan poco se conocía a sí misma que podría volver a pie a su casa parroquial, después de esta conversación, creyéndose con alegría la hermana y la tía más generosa del mundo.

Cuando se mencionó la cuestión una vez más, explicó su parecer con mayor detalle y, como respuesta a la pregunta que con total tranquilidad formuló lady Bertram —«¿Adónde irá primero

la niña, hermana? ¿A tu casa o a la nuestra?»—, sir Thomas oyó, no sin sorpresa, que estaba plenamente fuera del alcance de la señora Norris participar lo más mínimo en el cuidado personal de la niña. Él barajaba la posibilidad de recibirla con los brazos abiertos en la casa parroquial, una compañía grata para una tía que no tenía descendencia propia, pero comprendió que se había hecho una idea equivocada. La señora Norris lamentó tener que comunicar que la niña bajo ningún concepto podría quedarse con ellos, al menos tal y como estaban las cosas en aquellos momentos. El delicado estado de salud del pobre señor Norris lo hacía imposible; el estruendo que genera un niño le sería insostenible. Si, por el contrario, llegaba a curarse de la gota, sería otro cantar: entonces, con mucho gusto les tomaría el relevo sin importarle las molestias, pero, ahora mismo, el pobre señor Norris acaparaba todo su tiempo, y tenía la convicción de que mencionar siquiera este asunto sería para él motivo de inquietud.

—Entonces, será mejor que venga a vivir con nosotros —dijo lady Bertram, con una compostura intachable.

Al cabo de una breve pausa, sir Thomas añadió lo siguiente con dignidad:

—Sí, esta casa pasará a ser su hogar. Haremos lo que esté en nuestra mano para cumplir con nuestro deber y, por lo menos, gozará del privilegio de tener compañeros de su edad, así como de una institutriz.

—Lo que acaba de decir es del todo cierto —exclamó la señora Norris—; ambas son cuestiones de vital importancia, y a la señorita Lee le dará igual tener que instruir a tres niñas, en vez de a dos; no cambia nada. Ojalá pudiera ser yo de mayor utilidad, pero, como ven, hago todo lo que puedo. No soy de las que evitan las molestias. Nanny irá a por ella, por muy inconveniente que sea para mí que mi principal consejera se ausente tres días seguidos. Supongo, hermana, que alojará a la niña en el pequeño ático blanco, cerca de los antiguos cuartos infantiles. Será el lugar idóneo para ella, tan cerca de la señorita Lee y no muy lejos de las niñas ni de las sirvientas, pues entre unas y otras podrían ayudarla a vestirse, como imaginará, y a cuidar de su ropa, ya que he de entender que le parecería injusto pedirle a Ellis que la

atendiera con la misma dedicación que a las demás. Si le digo la verdad, me parece que es el único lugar en el que podría usted hospedarla.

Lady Bertram no se opuso.

—Espero que demuestre ser una niña bien dispuesta —prosiguió la señora Norris— y que sea consciente de lo insólito de su buena suerte, por contar con semejantes amigos.

—Si su carácter resulta ser malo de verdad —apostilló sir Thomas—, no debemos, por el bien de nuestros propios hijos, permitir que permanezca con la familia, pero no hay motivos para temer tal calamidad. Lo más probable es que queramos cambiar muchas cosas de ella y por eso tenemos que prepararnos para tener en nuestra casa una muestra de vulgar ignorancia, opiniones mediocres y modales ordinarios que nos sacarán de quicio. Sin embargo, tales defectos no son irremediables ni, creo yo, suponen una amenaza para sus allegados. Si mis hijas fueran más jóvenes que ella, la llegada de una compañía como la suya sería un asunto de vital importancia, pero, tal y como están las cosas, espero que a propósito de este vínculo no haya nada que temer en lo que respecta a mis hijas y sí mucho que esperar en lo que respecta a la niña.

—Eso es precisamente lo que yo pienso —exclamó la señora Norris— y lo que le estaba comentando a mi esposo esta mañana. Para la niña será todo un aprendizaje, le dije yo, estar con sus primas; aunque la señorita Lee no le enseñara nada, aprendería a ser buena e inteligente gracias a ellas.

—Espero que no moleste a mi pobre perrito —dijo lady Bertram—. Justo acabo de conseguir que Julia lo deje en paz.

—Se avecinan dificultades, señora Norris —comentó sir Thomas—, por las distinciones que habrá que hacer entre las niñas a medida que crezcan: cómo preservar en la mente de mis hijas la convicción de quiénes son ellas, sin que por ello consideren a su prima un ser muy inferior, y cómo, sin desmoralizarla en exceso, recordarle a ella que no es una de las señoritas Bertram. Quisiera que fueran grandes amigas y bajo ningún concepto permitiría que mis hijas demostraran la más mínima arrogancia para con ella, pero, en todo caso, no pueden estar en

igualdad de condiciones. Su rango, su fortuna, sus derechos y sus expectativas siempre serán diferentes. Se trata de un asunto de lo más delicado, y usted debe ayudarnos para tratar de decidir la línea de conducta más apropiada.

La señora Norris se puso a su entera disposición y, si bien concordaba plenamente con él en que se trataba de una cuestión complicada, le dio motivos para confiar en que entre los dos lo gestionarían todo como correspondía.

Salta a la vista que la señora Norris no escribió a su hermana en vano. La señora Price pareció sorprenderse bastante de que se hubieran decantado por una niña, teniendo como tenía tantos varones maravillosos, pero aceptó la oferta de la forma más agradecida posible, asegurándoles que su hija era una jovencita bien dispuesta y alegre y confiando en que jamás les daría motivos para echarla. Más adelante, mencionó que era un poco delicada y enclenque, pero tenía la esperanza de que su salud física se viera favorecida con el cambio de aires. ¡Pobre mujer! Probablemente pensaba que un cambio de aires les vendría bien a muchos de sus hijos.

## ❧ CAPÍTULO 2 ❧

**L**a pequeña emprendió el largo viaje sin sobresaltos, y en Northampton se reunió con la señora Norris, quien, por tanto, se regodeó del mérito de ser la primera en darle la bienvenida, conducirla hasta los demás y encomendarla a su amabilidad.

Fanny Price tan solo tenía, por aquel entonces, diez años, y, si bien la primera impresión que daba no resultaba cautivadora, por lo menos no tenía nada que desagradara a sus parientes. Era menuda para su edad, sin una tez sonrosada ni ningún otro atractivo digno de mención; tímida y cohibida en exceso, se encogía para pasar desapercibida, pero su aspecto, a pesar de la torpeza, no resultaba vulgar, tenía una voz dulce y, cuando hablaba, su semblante se colmaba de belleza. Sir Thomas y lady Bertram la recibieron con toda la amabilidad del mundo, y él, al reparar en lo mucho que necesitaba la niña que la animaran, trató de mediar en su favor de todas las formas posibles, aunque la solemnidad nada conveniente de su porte jugaba en su contra. Lady Bertram, a su vez, sin tomarse tantas molestias, pronunciando una palabra cuando él pronunciaba diez, con una sola sonrisa alegre se convirtió de inmediato en la menos temible de los dos.

Todos los jóvenes de la familia estaban en la casa y cumplieron debidamente con su parte a la hora de las presentaciones, con muy buen humor y sin nada de incomodidad, al menos en lo que respecta a los hijos, quienes, a los diecisiete y dieciséis años, altos para su edad, poseían toda la grandeza de los hombres adultos a ojos de su primita. Las dos niñas se encontraban más desorientadas, debido a su corta edad y a la impresión que ejercía en ellas su padre, quien con la ocasión las trató con una preferencia más bien imprudente. Pero estaban muy habituadas al trato social y a los halagos como para dejarse llevar por la timidez, y, puesto que la falta absoluta de seguridad por parte de su prima no hizo sino incrementar la de ellas, no tardaron en estudiar su rostro y su traje con completa indiferencia.

Conformaban una familia de una gracia digna de mención, pues los hijos eran apuestos y las hijas, no hay duda, hermosas; todos ellos estaban bien formados e iban adelantados a su edad, lo cual generaba una desigualdad tan manifiesta entre el aspecto físico de los primos y el de ella como la que generaba la educación en sus modales, de tal forma que nadie diría que la diferencia de edad entre las niñas fuese tan nimia como era en realidad. De hecho, solo dos años separaban a la más pequeña de Fanny. Julia Bertram tan solo tenía doce años, mientras que María tenía uno más. A la pequeña invitada, a su vez, la embargaba una profunda desdicha. Temerosa de todo el mundo, avergonzada de sí misma y añorando el hogar que acababa de abandonar, no se atrevía a alzar la mirada y casi era imposible oír-la cuando hablaba, si es que no rompía a llorar. La señora Norris le habló durante todo el trayecto de Northampton de lo maravillosa que era su buena suerte y de la extraordinaria gratitud que debería sentir, tal y como tendría que demostrar su comportamiento intachable, por lo que se sintió incluso más infeliz al comprender que era una ingrata por no ser feliz. El cansancio, asimismo, tras un largo viaje, no era baladí. La condescendencia y las buenas intenciones de sir Thomas fueron en vano, así como los impertinentes presagios de la señora Norris, que insistía en que ella resultaría ser una buena niña; en vano sonrió lady Bertram y la invitó a sentarse en el sofá junto a ella y el perro, y en vano fue incluso la tarta de grosellas que le ofrecieron a modo de consuelo; a duras penas alcanzó a tragar dos bocados antes de que la interrumpieran las lágrimas y, puesto que con toda seguridad el descanso demostraría ser su gran aliado, la llevaron a la cama para zanjar su dolor.

—No es un comienzo muy prometedor —comentó la señora Norris cuando Fanny se hubo marchado de la estancia—. Teniendo en cuenta todo lo que le dije de camino hasta aquí, pensé que se comportaría mejor; le di a entender que demostrar una buena conducta al comienzo de todo podría ser decisivo. Espero que no tenga un carácter tendente al desánimo, como su madre, pero debemos ser comprensivos con una niña de su condición, y no puedo echarle en cara que lamente haber abandonado su hogar, pues, a pesar de todos sus defectos, no dejaba de ser, como digo, su hogar, y por el momento no entiende que todo ha cambiado para mejor. En fin, la moderación es siempre buena consejera.

Hizo falta más tiempo, sin embargo, del que la señora Norris estaba dispuesta admitir para que Fanny se hiciera a la idea de su nueva vida en Mansfield Park y de la separación de todas las personas a las que estaba acostumbrada. Poseía una sensibilidad muy aguda, y la entendían muy poco para gestionarla de la manera adecuada. No era la intención de nadie ser descortés, pero nadie hizo nada para consolarla.

El día libre que se concedió a las señoritas Bertram al día siguiente, con la intención de que, aprovechando el momento de ocio, intimaran con su prima y la entretuvieran, dio pocos frutos. No pudieron sino menospreciarla cuando se enteraron de que tan solo poseía dos cintas para adornar sus vestidos y que jamás había estudiado francés, y cuando repararon en lo poco que la conmovió el dúo que tuvieron la bondad de cantar en su honor, se limitaron a regalarle con generosidad algunos de sus juguetes menospreciados y dejarla sola, para luego entregarse a fuera cual fuese su pasatiempo preferido para los días libres por aquella época, ya se tratara de confeccionar flores artificiales o malgastar papel dorado.

Fanny, ya se encontrara cerca o lejos de sus primas, ya estuviera en el aula, en la sala de estar o entre los matorrales, se sentía igual de alicaída e intimidada por todas las personas y lugares que la rodeaban. El silencio de lady Bertram la desanimaba, la apariencia solemne de sir Thomas la atemorizaba y las advertencias de la señora Norris la abrumaban. Sus primos mayores la humillaban con comentarios a propósito de su estatura y la avergonzaban al hacer hincapié en su timidez. La señorita Lee se sorprendía de su ignorancia y las sirvientas despreciaban su ropa, y, cuando a estos pesares se añadía la idea de que entre sus hermanos ella siempre había sido una compañera de juegos, institutriz y niñera importante, la desazón que le oprimía el corazón se incrementaba.

La majestuosidad de la casa la asombraba, pero no le ofrecía consuelo alguno. Las habitaciones eran muy grandes para desplazarse por ellas con soltura: temía dañar todo lo que tocara y vagaba por doquier con el miedo constante a esto o lo otro. A menudo se retiraba a su cuarto para llorar, y la niña pequeña de la que por las noches, cuando se marchaba de la sala de estar, se decía que parecía gratamente consciente de su insólita buena suerte, terminaba todos

los días sumida en la angustia con lágrimas en la cama. Transcurrió toda una semana de esta guisa, sin que su conducta reservada y dócil delatara nada de esto, cuando una mañana se halló en la compañía de su primo Edmund, el pequeño de los dos hijos varones, sentada en las escaleras del ático, hecha un mar de lágrimas.

—Mi querida primita —le dijo él, con toda la delicadeza de una personalidad tan excelente como la suya—, ¿qué es lo que te aflige?

Y, tras sentarse a su lado, se esforzó al máximo en tratar de vencer la vergüenza que la invadía porque la hubiera descubierto y convencerla de que le hablara con franqueza. ¿Acaso estaba indispuesta? ¿O se había enfadado alguien con ella? ¿O había discutido con María y Julia? ¿O acaso se sentía desconcertada por algo que hubiera aprendido en sus lecciones y que él pudiera explicarle mejor? ¿Necesitaba, en resumidas cuentas, algo que él pudiera darle o hacer por ella? Durante mucho tiempo, no obtuvo respuesta alguna, más allá de un «No, no, ni mucho menos, no, gracias», pero él no cejó en su empeño, y nada más mencionar su antiguo hogar, su llanto, cada vez más urgente, le dejó claro dónde residía su pesadumbre. Trató de consolarla.

—Te apena haber abandonado a tu madre, mi querida Fanny —le dijo—, lo que no deja de demostrar que eres una niña muy buena, pero has de recordar que estás acompañada de parientes y amigos, que todos te queremos y deseamos hacerte feliz. Vayamos a dar un paseo por el jardín; háblame de tus hermanos.

Al ahondar en la cuestión, descubrió que, por muy queridos que fuesen todos esos hermanos en general, había uno que destacaba más que los demás en sus pensamientos. Era de William de quien hablaba con mayor frecuencia y a quien más ardía en deseos de ver. William, el mayor de todos, tenía un año más que ella y era su compañero y amigo inseparable, el que la defendía frente a su madre —de quien era el ojito derecho— ante cualquier tipo de adversidad.

—William no quería que me marchase; me dijo que me echaría mucho de menos.

—Pero estoy convencido de que te escribirá.

—Sí, me prometió que así lo haría, pero yo le dije que le escribiría a él primero.

—¿Y cuándo piensas escribirle?

Agachó la cabeza y respondió con vacilación:

—No lo sé; no dispongo de papel.

—Si ese es el único impedimento, yo mismo te daré el papel y el resto del material, para que le escribas cuando lo desees. ¿Te haría feliz escribirle?

—Sí, mucho.

—Entonces, no hay tiempo que perder. Acompáñame al salón del desayuno; allí encontraremos todo lo que necesitamos y dispondremos de toda la habitación para nosotros.

—Pero, primo, ¿acabará en el correo la carta?

—Sí, de eso me encargo yo: se enviará con las demás y, como tu tío pagará el franqueo, no le costará nada a William.

—¡Mi tío! —repitió Fanny, asustada.

—Sí, cuando hayas escrito la carta, se la daré a mi padre para que la franquee.

A Fanny le pareció un atrevimiento, pero no puso objeciones. Así pues, fueron juntos al salón del desayuno, donde Edmund preparó el papel y trazó los renglones con toda la buena voluntad que podría haber puesto su propio hermano y, si acaso, con mayor precisión incluso. Permaneció a su lado durante la redacción, para ayudarla con el cortaplumas o con la ortografía, según lo requirieran las circunstancias, y a estas atenciones, que ella agradecía en cuerpo y alma, añadió un gesto de bondad hacia su hermano que la maravilló más que cualquier otra cosa. Le mandó sus buenos deseos de su puño y letra a su primo William y le envió media guinea debajo del sello. Fanny se sentía incapaz de expresar sus propios sentimientos, pero por su semblante y alguna que otra palabra sincera transmitía toda la gratitud y felicidad que la embargaban, y su primo comenzó a hallar en ella un motivo de interés. Habló largo y tendido con ella y, a raíz de todo lo que le dijo la pequeña, él se convenció de que poseía un corazón afectuoso, así como un hondo deseo de hacer lo correcto, e intuía que era merecedora de mayor atención, tanto por la delicadeza de su situación como por su profunda timidez. Nunca la había lastimado de manera intencionada, pero ahora sentía que debía mostrarse más amable para con ella y, guiado por ese parecer, se esforzó, en primer lugar, por atenuar el miedo que ella sentía por todos, y, en particular, le dio numerosos consejos para que jugase con María y Julia y se sintiese todo lo dichosa que pudiera.

A partir de aquel día, Fanny comenzó a sentirse más cómoda. Sentía que tenía un amigo, y la bondad de su primo Edmund la animaba en presencia de todo el mundo. El lugar le pareció menos extraño, la gente menos formidable, y, pese a que había algunos a los que no podía dejar de temer, por lo menos comenzó a familiarizarse con ellos y a darse cuenta de cuál era la mejor manera de tratarlos. Las pequeñas tosquedades y torpezas que, en un primer momento, supusieron un obstáculo para la tranquilidad de todos los presentes, por no decir para la suya propia, se desvanecieron, como no podía ser de otra manera, y ya no se sentía intimidada al tener que presentarse ante su tío, del mismo modo que la voz de su tía Norris ya no la sobresaltaba mucho. Para sus primas pasó a ser una compañera aceptable en ciertos momentos. A pesar de que era indigna, por la inferioridad tanto de su edad como de su fuerza, de unirse a ellas en todo momento, por la naturaleza de sus entretenimientos y de sus juegos, en ocasiones les venía bien una tercera persona, en especial si esa tercera persona poseía un carácter dócil y sumiso, y no podían sino confirmar, cuando su tía les preguntaba por los defectos de la niña o su hermano Edmund las apremiaba para que la trataran con amabilidad, que «Fanny era muy buena».

Edmund se mostraba siempre bondadoso, y por parte de Tom no tuvo nada que temer salvo esa pillería con la que un jovencito de diecisiete años se sentía en el derecho de comportarse en presencia de una niña de diez. Justo estaba empezando a vivir, lleno de ánimo y con toda la libertad de la que goza un primogénito que siente que ha venido a este mundo única y exclusivamente para gastar y disfrutar. La amabilidad que demostraba con su prima pequeña concordaba con su situación y sus derechos: le hacía regalos encantadores y se mofaba de ella.

Conforme su apariencia y su ánimo fueron mejorando, sir Thomas y la señora Norris vieron su bondadoso plan con mayor satisfacción, y no tardaron en tomar la decisión conjunta de que, a pesar de que distaba mucho de ser inteligente, poseía una personalidad manejable y parecía que iba a darles pocos problemas. No eran los únicos que tenían una mala opinión de sus atributos. Fanny sabía leer, bordar y escribir, pero no le habían enseñado

nada más, y, puesto que sus primas la tachaban de ignorante en numerosos asuntos que ellas conocían desde hacía tiempo, creían que era el paradigma de la estupidez, y durante las primeras dos o tres semanas, no paraban de comentarlo en la sala de estar.

—Querida madre, fíjese lo que le digo: mi prima no es capaz de dibujar el mapa de Europa... Mi prima no conoce los principales ríos de Rusia... Nunca ha oído hablar de Asia Menor. ¡No sabe en qué se diferencian las acuarelas de los lápices de colores! ¡Qué extraño! ¿Acaso existe mayor estupidez que esta?

—Querida —contestaba entonces su bondadosa tía—, es deleznable, pero no puedes esperar que todo el mundo sea tan astuto y perspicaz como tú.

—Pero, tía, ¡le digo que es de lo más ignorante! Para que se haga una idea, anoche le preguntamos qué camino tendría que tomar si quisiera ir a Irlanda, y dijo que tendría que atravesar la isla de Wight. Es incapaz de pensar en otra cosa que no sea la isla de Wight, a la que se refiere simplemente como «la isla», como si no hubiera más islas en todo el mundo. Yo me sentiría muy avergonzada en su lugar, si no fuera porque mucho antes de alcanzar su edad ya sabía todo esto y más. No recuerdo los tiempos en los que yo no estaba al tanto de estas cosas, de las que ella todavía no tiene ni idea. ¡Cuánto tiempo ha pasado, tía, desde que nos dedicábamos a repetir por orden cronológico la lista de reyes de Inglaterra, con las fechas de su ascenso al trono y los principales acontecimientos de sus reinados!

—Sí —añadió la otra—, y de los emperadores romanos, hasta de los de la calaña de Severo, por no hablar de todos los conocimientos acerca de la mitología pagana, de todos los metales, metaloides, planetas y filósofos distinguidos.

—No os falta razón, queridas mías, pero vosotras contáis con la bendición de una memoria prodigiosa y lo más probable es que vuestra pobre prima no tenga ninguna, para empezar. Existe una desigualdad ingente entre las capacidades de retención de las personas, como en todo lo demás, y, por tanto, debéis tener paciencia con vuestra prima y compadeceros de ella por su deficiencia. Y recordad que, siendo tan astutas y perspicaces, deberíais comportaros con modestia, pues, por muchas cosas que sepáis ya, es mucho más lo que todavía os queda por aprender.

—Sí, sé que todavía me queda mucho, hasta que cumpla los diecisiete años. Pero tengo que contarle otra cosa sobre Fanny, de lo más singular y absurda. Dice que no quiere aprender ni música ni dibujo. ¿Qué le parece?

—Desde luego, querida mía, es de lo más absurdo y demuestra que carece de talento y de interés por mejorar. Pero, dadas las circunstancias, me pregunto si no será mejor así, ya que, aunque, como bien sabéis (y gracias a mí), vuestro padre y vuestra madre han tenido la bondad de criarla con vosotras, no es para nada necesario que posea las mismas dotes que vosotras. Al contrario, lo más deseable es que exista cierta desigualdad entre vosotras.

Tales eran los consejos que la señora Norris prodigaba para perfilar las mentes de sus sobrinas, y no es de extrañar que, con un talento tan prometedor y unos estudios tan adelantados, fuesen tan deficientes en atributos menos comunes, como el autoconocimiento, la generosidad o la humildad. En todos los aspectos salvo en la actitud contaban con una educación soberbia. Sir Thomas desconocía lo que les faltaba, puesto que, a pesar de ser un padre de lo más solícito, no tenía por costumbre dar muestras de afecto, y sus modales reservados reprimían el ánimo de las hijas en su presencia.

Lady Bertram no dedicaba la menor atención a la educación de sus hijas. No tenía tiempo para tales menesteres. Era una mujer que pasaba los días sentada en el sofá, engalanada, pensando más en su perro que en sus hijos, pero muy indulgente con estos últimos siempre y cuando no supusiera un inconveniente, y se dejaba guiar por sir Thomas en todos los asuntos importantes y por su hermana en cuestiones menores. Si dispusiera de más tiempo libre para dedicarlo a sus hijas, lo más probable es que lo considerase superfluo, pues ya estaban bajo las atenciones de una institutriz, tenían a los maestros oportunos y no podía hacerles falta nada más. En cuanto a la estupidez que demostraba Fanny en los estudios, lo único que podía decir era que lo consideraba una desgracia, pero algunas personas eran estúpidas y Fanny debería poner más de su parte. No se le ocurría qué otra cosa se podía hacer, y, dejando a un lado que se trataba de una muchacha de lo más insípido, lo cierto era que la criaturilla le parecía inofensiva, y le parecía que era muy solícita y rápida a la hora de hacer recados o de traerle lo que le pidiera.

Fanny, con los defectos de la ignorancia y de la timidez, se asentó, pues, en Mansfield Park, y, cuando consiguió trasladar el apego que sentía por su antiguo hogar a su nueva casa, creció entre sus primos no sin felicidad. Ni María ni Julia eran malas por naturaleza, y, si bien Fanny a menudo se sentía humillada por la forma en la que la trataban, tenía una opinión demasiado modesta de sí misma como para sentirse ofendida.

Más o menos a partir de la época en la que entró a formar parte de la familia, lady Bertram, a causa de una pequeña indisposición sin importancia y de una gran indolencia, abandonó la casa de Londres, en la que se hospedaba siempre durante la primavera, y permaneció todo el año en el campo, dejando a sir Thomas solo cuando debía cumplir con su deber en el Parlamento, sin importarle si el bienestar de él se vería favorecido o desfavorecido por su ausencia. En el campo, por tanto, las señoritas Bertram siguieron ejercitando su memoria, ensayando sus dúos, creciendo y convirtiéndose en mujeres, y su padre constató que su aspecto, sus modales y sus atributos satisfacían todos sus deseos. Su hijo primogénito era negligente y extravagante y ya había sido motivo de desazón en varias ocasiones, pero sus demás hijos prometían todo lo bueno que cupiera esperar. Sus hijas, así lo consideraba él, debían otorgar una elegancia renovada al apellido Bertram mientras lo conservasen, y, cuando prescindieran de él, confiaba en que ampliarían las alianzas distinguidas de la familia. Del mismo modo, la personalidad de Edmund, su firme sensatez y la rectitud de su mente prometían, sin duda alguna, provecho, honor y dicha tanto para sí como para todos sus conocidos. Se dedicaría a la clerecía.

Entre las preocupaciones y satisfacciones que le brindaban sus propios hijos, sir Thomas no se olvidaba de hacer lo que estuviera en su mano por los hijos de la señora Price: la ayudó con gran generosidad en la formación y en la orientación de los varones cuando alcanzaron la edad suficiente para escoger una vocación, y Fanny, a pesar de estar completamente separada de su familia, sentía la más sincera de las satisfacciones cuando se enteraba de cualquier favor que les hiciera o de cualquier detalle de su situación o conducta que resultase prometedor. Una vez, y una sola, en un periodo de numerosos años, tuvo la alegría de reunirse con William. A los demás no

llegó a verlos nunca: parecía que a nadie se le ocurría que ella pudiera regresar con ellos, aunque fuera de visita; parecía que nadie en casa la extrañaba. Sin embargo, ya que William había tomado la decisión, poco después de que ella se marchara, de convertirse en marino, recibió una invitación para pasar una semana en la compañía de su hermana en Northamptonshire antes de embarcarse. Cabe imaginar la efusividad y la alegría de su reencuentro, el gozo exquisito que experimentaron al volver a estar juntos, los momentos de dichoso júbilo y de solemnes conversaciones de los que disfrutaron, así como el optimismo y la alegría que derrochó el muchacho hasta el último momento y la pena que se apoderó de la muchacha cuando él se marchó. Por suerte, la visita coincidió con las vacaciones de Navidad, época en la que podía hallar consuelo en su primo Edmund, y este le describió con tanto encanto lo que haría William y en lo que se convertiría de ahora en adelante a causa de su profesión que, poco a poco, tuvo que admitir que la separación valdría la pena. La amistad de Edmund jamás le falló: cuando él abandonó Eton por Oxford, su bondad no se vio afectada, sino que surgieron más ocasiones para afianzarla. Sin alardear de hacer más por ella que los demás ni temer ningún exceso, velaba siempre por los intereses de ella y se mostraba solícito con sus sentimientos, procurando que se reconocieran sus atributos y que destacaran más a pesar de su timidez: le daba consejos, consuelo y ánimos.

Puesto que todos los demás la rechazaban, el apoyo de él, el único con el que contaba, no era suficiente para salir adelante, pero, en todo caso, sus atenciones fueron de vital importancia a la hora de mejorar su intelecto y ampliar sus deleites. Él era consciente de que era inteligente, perspicaz y sensata, así como de que era amante de la lectura, lo cual, con la orientación necesaria, podría convertirse en una actividad didáctica. La señorita Lee le enseñaba francés y le mandaba que leyera en voz alta la lección de historia del día, pero él le recomendaba libros con los que amenizar sus momentos de ocio, alentaba su buen gusto y corregía su discernimiento: Edmund hacía de la lectura una ocupación provechosa al hablar con ella de libros y ensalzar sus atractivos con prudentes elogios. A cambio de tales servicios, ella lo estimaba más que a nadie en el mundo, con la excepción de William: su corazón se dividía entre los dos.